



RT Ciudad,
100 *100 cm,
1996

Engaños y mentiras

Antonio Vélez

La mentira y el engaño son hijos naturales de la evolución, hijos adaptativos, pues permiten sacarle ventajas al prójimo. Y requieren inteligencia: los animales irracionales, superado cierto nivel evolutivo, son capaces de engañar a sus compañeros, lo que no pueden hacer un árbol ni una cucaracha. Entre los humanos, mentir exige creatividad e ingenio. Y un poco de sangre fría, para no ser denunciados por un tartamudeo, ni por un temblor ni por un sonrojo. Además, debemos permanecer impertérritos, con cara de máscara, sin revelar el engaño, serios. Por eso el pueblo sabio dice: “Más serio que un tramposo”.

Mark Twain cree que la mentira, además de ser eterna y propia de la especie humana, es una de las bellas artes. Sin embargo, para Martín Lutero no existe pecado más dañino en este mundo que las mentiras y las infidelidades, pero en sermones posteriores, al referirse a la *Biblia*, se contradecía: “La mentira útil (esto es, la mentira por necesidad o por provecho) se llama mentira, pero no lo es; más bien es una virtud, un acto inteligente que se utiliza para evitar la ira del diablo y en beneficio del honor, la vida y el provecho del prójimo”. Frailecito mentiroso.

Voltaire alababa el buen mentir: “La mentira es una virtud elevada si es para el bien. Hay que mentir como el diablo, sin miramientos, no sólo de vez en cuando, sino con valor y siempre”. Más de un político le ha creído, entre ellos Benjamin Disraeli, primer ministro británico de finales del siglo XIX, quien sabía muy bien el papel importante de la mentira dosificada en la diplomacia: “No niego, no contradigo, miento a veces”. Y a George W. Bush, mentiroso profesional, no le tembló la voz para denunciar las armas de destrucción masiva; mentira que comprometió a su

pueblo en una guerra sin sentido y, hasta el momento, sin salida decorosa.

Entre los mitos culturales, nunca verificados con rigor, la tradición conserva un sinnúmero de mentiras consagradas como verdades. Son verdades eternas. Y hay respuestas y explicaciones para todo. El pueblo raso las acepta sin discusión. De allí que los chinos con su misteriosa sabiduría digan: “La verdad es una mentira que se ha repetido un número suficiente de veces”.

Los medios de comunicación disponen de amplias posibilidades para usar la mentira y el engaño en la dirección que más les convenga. Todo se debe a la potencia de sus recursos para convencer al espectador, casi siempre indefenso ante la avalancha de información, ante el amplio cubrimiento que poseen y ante la posibilidad de callar selectivamente... La televisión, por su lado, con su enorme poder de seducción por medio de la imagen, se ha convertido en un poderoso recurso para crear “verdades”; tal vez más poderoso que la letra de imprenta.

En el mundo de la publicidad se exagera y se miente. Al comprador le queda difícil saber de antemano cuándo le están diciendo la verdad. Todo lo que aparezca en letra de imprenta, por falso que sea, se convierte en verdad inobjetable. El *dogma del libro de texto*, se le ha llamado. La publicidad mentirosa ha vendido, por décadas, productos ineficientes, para todo lo que a uno se le ocurra: adelgazar, eliminar la celulitis, desterrar la vejez, dejar de fumar, derrotar la calvicie, enriquecerse de un tirón por medio de cadenas de la suerte... Gracias a sus poderes se cuelan por todas las ventanas los ángeles, los extraterrestres, los augurios de los horóscopos, las profecías mayas y mil estupideces más.

Las falacias constituyen un campo fértil para el engaño. Políticos, líderes religiosos, más de un abogado y charlatanes de toda laya han agotado el repertorio de falacias. Son tan sutiles a veces los argumentos falaces utilizados, que aún los profesionales de la lógica caen con desconcertante facilidad. La capacidad verbal del sujeto es fundamental, pues casi siempre se trata de convencer, no de probar. Todo aquel que habla es capaz de mentir. *La menteuse*, la mentirosa, dicen los franceses para referirse a la lengua; los ingleses hablan de *prating cheat*, la tramposa locuaz, mientras que españoles y alemanes nos previenen contra la lengua viperina. Sin embargo, los mudos también mienten. Y los mejores detectores de mentiras son los afásicos: les basta observar las caras para percibir los indicios no lingüísticos del embuste, pues las palabras enmascaran la verdad.

El fraude científico es abundante como la maleza. Los vicios son variados: conclusiones equivocadas, falta de controles, errores elementales de estadística... Mark Twain lo sabía: “Hay tres clases de mentiras: las mentiras, las malditas mentiras y las estadísticas”. Cuando creemos con firmeza en algo, los registros que hacemos tienden por lo general a favorecer la creencia. De allí que, con el sano propósito de eliminar el “factor humano” en los experimentos, se acostumbre usar el *doblo ciego*, estrategia que consiste en evitar que tanto el experimentador como el sujeto conozcan por anticipado los resultados esperados de lo que se está haciendo en cada momento.

A veces se utilizan en la argumentación verdades recortadas, a medias, es decir, se afirma algo que es verdad, pero se callan detalles importantes que la desvirtúan. Una forma de mentir con la verdad. De allí que la sabiduría popular admita que “Casi siempre, callar es mentir”. Otras veces se dice toda la verdad, pero se le añaden falsedades. Queda claro, entonces, por qué a los testigos de cargo se les pide “Decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad”.

La historia de fenómenos falsos, pero que en algún momento fueron aceptados por los científicos, es larga y llena de incidencias curiosas. En todos los casos el error se mantuvo, casi siempre defendido por los autores del descubrimiento, hasta que al fin la evidencia experimental, controlada y repetida en diferentes sitios del mundo, terminó con el engaño. Tienen razón aquellos que afirman que la ciencia es

la única disciplina humana capaz de autocorregirse. Los canales de Marte fueron descubiertos en 1877 por el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli. Después fueron observados por varios astrónomos, entre ellos el aristocrático Percival Lowell, quien, en 1901, presentó el primer mapa completo de los enigmáticos surcos. Pero los escépticos también tenían telescopios y no veían los canales. Hasta que al fin desaparecieron misteriosamente de la superficie marciana, sin dejar huellas, junto con los marcianos. Sin embargo, no se acabaron los extraterrestres. Pero sí se los alejó bastante.

Mario Bunge afirma que el seudocientífico, al igual que el pescador, exagera sus presas y disculpa sus fracasos. Que en lugar de buscar la verdad, lo que procura es construir falsedades, tergiversaciones y adulteraciones. Tiene razón el filósofo argentino: los pseudocientíficos tienden a interpretar todos los resultados de modo que sus tesis queden confirmadas, ocurra lo que ocurra. Son variados los recursos: mentir, pensar y obrar con el deseo, enamorarse perdidamente de sus teorías, usar incorrectamente principios esenciales de la ciencia. Por eso recurren con tan abusiva frecuencia a los teoremas de la física relativista, a los de la mecánica cuántica y a la teoría de la complejidad y el caos; todo ello sazonado con teoremas avanzados de la matemática, amasijos que convencen al lego, sin probar nada.

La energía, por ejemplo, ha sido quizá lo más utilizado para el engaño. De ese flexible comodín se han elaborado multitud de imposturas intelectuales. Y no ha faltado el ingrediente mágico: la oscuridad del texto, artificio poderoso que permite presentar trivialidades, y aun absurdos, con la falsa apariencia de profundidad, en un discurso incomprensible. Jorge Luis Borges lo explica: “Hay escritores que parecen oscuros por su profundidad, y hay otros que quieren parecer profundos a fuerza de oscuridad”. El truco es sencillo: *todo lo que se diga tiene algún sentido*.

En el mundo social de los humanos el engaño aparece por donde se mire. Mentimos al exagerar. Mentimos con la edad, negándonos los años; con la estatura, usando tacones altos o exagerando los peinados; con los logros, aumentándolos. La mentira es eficaz. Y el engaño es ubicuo. A pesar de lo severas que sean las sanciones para el adulterio, éste se comete con indeseada frecuencia. Y se da aunque sea condenado por todos los códigos éticos, y a pesar

del gran esfuerzo educativo en contra, en todas las sociedades, en todas las épocas de la historia. Un dicho popular chino asegura con malicia que “La flor doméstica no tiene el mismo aroma que la silvestre”, y son incontables los chistes que, con un contenido similar, develan los sentimientos más escondidos del alma humana. Alejandro Dumas, el joven, decía con humor: “Las cadenas del matrimonio son tan pesadas que para llevarlas se requieren dos, y a veces tres”. El triunfo de natura sobre cultura.

Es parte de la naturaleza humana buscar novedades, y el sexo no es la excepción, impulsados por la inevitable pérdida de interés sexual hacia la pareja ya conocida. Una razón para esta pérdida es la habituación, fenómeno bien conocido por los psicólogos. Hasta los protozoos la experimentan. Pero el fenómeno es más intenso en las especies inteligentes. Los humanos nos acostumbramos al olor, al sabor, a la vista y a los sonidos hasta el punto de no percibirlos. Del tic-tac del reloj no tenemos consciencia, salvo cuando deja de sonar. Y por valiosos que sean los objetos que usamos como adorno, terminamos ignorándolos. Entonces renovamos los estímulos. Algunas personas cambian la disposición de sus cuadros para apreciarlos con nuevo interés. Sin embargo, lograr que nuestra vida sexual o amorosa no pierda su comeción es asunto más difícil. Para renovar la pasión, más de uno se rebusca por la calle. Y le da la razón a Quevedo: “La que no se ha gozado, nunca es fea”. La atracción fatal es tan fuerte que parece no importar demasiado el peligro del escándalo, como lo han demostrado Bill Clinton y Tiger Woods.

Las falsificaciones son un engaño de cubrimiento universal. Las hay de toda clase: artefactos de mala calidad que llevan marcas prestigiosas, engaño que únicamente el ojo especializado es capaz de descubrir; copias de obras de arte famosas, que sólo el ojo experto puede descubrir; objetos nuevos, pero envejecidos artificialmente, o viejos rejuvenecidos; billetes, documentos... Han van Meegeren realizó copias casi perfectas de los cuadros del gran pintor flamenco Jan Vermeer. Para hacer más verosímil su plagio, usaba lienzos viejos y pigmentos de la época. Otro notable falsificador de arte, aun más audaz que Meegeren, fue Eric Hebborn. Durante su juventud trabajó en restauración, pero muy pronto su ambición lo llevó a la falsificación. Dotado de un raro talento para la

imitación, produjo una rica colección de obras según Mantegna, Rubens y otros grandes artistas.

En el mundo de los deportes nada detiene a los humanos cuando de triunfar se trata. Los futbolistas, por ejemplo, simulan lesiones para influir en las decisiones del juez, o recurren a jugadas prohibidas, como es el uso de las manos para anotar un gol. Es famoso el gol de Maradona contra la selección inglesa, con la mano, “la de Dios”, como la llamó el protagonista, sinistra; y no menos sinistra fue la mano del Diablo, la de Thierry Henry, con la cual envió la selección de Irlanda al infierno de los eliminados para el Mundial de fútbol del 2010.

Y si los humanos somos los campeones de la mentira, los animales, tan inocentes que parecen, también conocen el viejo arte del engaño: unos erizan el pelo con el fin de parecer más grandes; otros hacen ruidos intensos para amedrentar al enemigo (en las disputas entre humanos se grita para dar la apariencia de mayor poder). El cuclillo es un bandido que pone sus huevos en nidos ajenos, con el fin de que la crianza recaiga en los padres adoptivos, que pagan por su inocencia, pues son incapaces de reconocer el engaño. Para cometer su abuso ha aprendido a imitar los huevos del dueño del nido. Cuando los pichones del abusador crecen, y esto ocurre muy rápidamente, lo primero que hacen es empujar al vacío los huevos del huésped, todavía sin eclosionar, y de ese modo eliminan la competencia por el alimento. Hijos de tigre...

Entonces, si vivimos sumergidos en la mentira, en un mundo de mentirosos, recursivos, creativos, insensibles a los detectores de mentiras, ¿cómo distinguiremos la verdad? ¿Con qué criterios separaremos el grano de la cascarilla? Reconozcamos que no hay manera sencilla de salir del limbo de la duda y hacer tal separación, así que por obligación tendremos que convivir con la verdad y la mentira, entremezcladas. Víctimas de nuestra mendaz naturaleza. ■

Antonio Vélez (Colombia)

Ingeniero electricista y Máster en matemáticas de la Universidad de Illinois, Estados Unidos. Autor de varios libros, entre ellos: *Del Big Bang al Homo sapiens* (1998), *Medicinas alternativas: una visión crítica desde la ciencia* (1997), *Parasicología: ¿realidad, ficción o fraude?* (2000), *Principio y fin y otros ensayos* (2000).